



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

## Skinner: Del rigorismo metodológico a la eclosión imaginativa

A. POLAINO-LORENTE

### **¿UN MODELO SKINNERIANO DE INTERVENCION PARA LOS HOMENAJES CIENTIFICOS?**

Burrhus Frederic Skinner ha sido, ciertamente, el psicólogo norteamericano que dejará la más profunda y dilatada huella en el ámbito de la psicología contemporánea, por sus numerosas aportaciones científicas. Ante este hecho —nada teórico puesto que puede verificarse cuantitativamente— cabe hacer varias cosas por quienes, como el autor de estas líneas, sencillamente pretende sumarse, con una modesta colaboración, al merecido homenaje que ahora se le tributa.

Lo más sencillo que en una ocasión como la presente cabe hacer consistiría en cuantificar esos hechos que son sus aportaciones. Bastaría para ello con inventariarlas, aplicar un cierto algoritmo con cuya ayuda tratar de poner de manifiesto las conexiones secuenciales existentes entre unos y otros de los hechos por él investigados y, finalmente, hacer el pertinente tratamiento estadístico de los datos resultantes.

Cabría también, qué duda cabe, realizar tan sólo un estudio bibliométrico de las actuales publicaciones psicológicas de reconocido prestigio internacional para demostrar de forma cuantitativa a través de la frecuencia con que nuestro homenajeado ha sido citado, durante, por ejemplo, el último año, para así poner de manifiesto de forma objetiva la relevancia de la obra de Skinner en el marco de la psicología contemporánea.

De seguir cualquiera de las dos opciones anteriores, para algunos estaríamos siguiendo en apariencia la metodología estrictamente skinneriana. Sin embargo, esto no es así. Y no lo es porque, en primer lugar, las observaciones del comportamiento skinneriano lamentablemente ya no son posibles. Cabe, eso sí, la observación escrupulosa y sistemá-

tica de todos sus escritos, pero sus escritos no son su conducta, aunque lógicamente éstos sean una consecuencia elemental de aquella.

En segundo lugar, porque el modo de afrontar los hechos que podrían constituir el objetivo de nuestro análisis —las obras publicadas por Skinner— no es en sí mismo un hecho desnudo, sino el complejo resultado de un modo de conducirse en el que subrepticia y forzosamente se habrá incluido una microteoría implícita y sumergida, desde la que se diseñó este trabajo de investigación que, en tanto que tal diseño, constituye ya una cierta pretensión conclusiva. Además, la conducta del investigador que supuestamente contribuyera así a este homenaje podría ser entendida como una mera operante, a cuyo través el comunicante podría obtener el éxito de la concurrencia y del público, es decir, el anhelado refuerzo social, condición ésta que desvirtúa el propósito principal de un homenaje y desvía la atención hacia el participante, hecho que apenas si tiene algo que ver con el homenajeado.

Por último, en tercer lugar, por que las dos opciones tentativas que acabo de plantear, tendrían en última instancia que apelar a la estadística para tratar de demostrar el rigor de las conclusiones a las que llegaran. Pero nadie que conozca bien la obra de Skinner ignorará a estas alturas las críticas bien fundadas que él hizo al uso abusivo de las técnicas estadísticas.

Por todo eso, he llegado a la conclusión —tras largas cavilaciones— que ninguna de las dos anteriores propuestas, constituyen un modelo acorde con el estilo científico skinneriano al que aquí y ahora se rinde homenaje —y al que tanto me hubiera gustado imitar en esta ocasión— por lo que, en definitiva, las anteriores propuestas deben ser rechazadas como prototipos del modelo que Skinner diseñaría para intervenir en un homenaje científico como el que nos ocupa.

## DOS PARADOJAS SKINNERIANAS

Dada la imposibilidad de llevar adelante un modelo skinneriano para la intervención en los homenajes científicos, que a su vez haga justicia al homenajeado, el autor de estas líneas renuncia desde ya a continuar por esta vía. Por consiguiente, quien esto escribe se limitará a comportarse de forma singular y espontánea, tal y como él piensa que personalmente es, y no tal y como el paradigma skinneriano —¿a causa de la emisión de operantes, de las circunstancias, de los refuerzos, del contexto, de la deseabilidad social, del propio homenajeado?— explicaría su comportamiento.

La obra de Skinner, como la biografía de su autor, entrañan para mí una paradoja insoluble. No resulta fácil, precisamente por la existencia de esa nota contradictoria, enunciar aquí en qué consisten tales contraposiciones. Las dos paradojas a que me refiero —una biográfica y relativa a sus obras la otra— tal vez podrían formularse con términos antitéticos como el rigor versus la fantasía, la metodología versus la improvisación, la disciplina versus la vida bohemia. Explicaré un poco más la naturaleza de este juego antitético, dialéctico y un tanto paradójico.

En lo que respecta a los datos biográficos de que hoy disponemos, causa en seguida extrañeza las aficiones literarias de Skinner en contraposición con el despliegue de rigor científico que caracterizó a todas sus investigaciones. No se olvide que antes de psicólogo, Skinner fue escritor —o lo intentó al menos durante dos años— llevando una vida bohemia y viajando por América y Europa, sin que al parecer lograra conseguir los resultados que inicialmente se propuso. Poco podemos concluir de su autobiografía publicada en 1967, a este respecto. No obstante, parece que pudo influir en su decisión de hacerse psicólogo su anterior y frustrada vocación como escritor.

Muy probablemente, si Skinner se hizo psicólogo fue precisamente por su pretensión de comprender la conducta humana. “Un escritor — escribe en su autobiografía— puede ser capaz de reproducir la conducta humana con todo detalle pero, a pesar de ello, no la comprende”.

De hacer caso a estas palabras habría que concluir que Skinner ha sido durante toda su vida el gran escritor que pretendió ser, sólo que su obra literaria se ha realizado sobre la conducta humana y animal y desde su escritorio en los laboratorios de psicología.

Sin embargo, a esta hipótesis se oponen otras emergidas en el ámbito de lo literario y humanístico. Si hacemos caso a la mayoría de los humanistas, la anterior afirmación skinneriana significa lo contrario de lo que parece afirmar. En efecto —nos dirán—, Skinner en tanto que científico ha reproducido hasta el menor detalle el comportamiento del hombre y de los animales, pero reproducirlos, no significa comprenderlos. Skinner ha seguido ignorando, a pesar del gigantesco esfuerzo realizado y de los centenares de páginas escritas, lo que es el hombre y el por qué de su modo de conducirse.

En resumen, lo que vienen a afirmar los humanistas es que la psicología que investigan y a la que se dedican los psicólogos en sus laboratorios es precisamente la psicología que nada interesa al hombre de la calle. Por contra, la psicología que interesa al hombre de la calle y las preguntas que

éste hace al psicólogo —¿en qué consiste el hecho de enamorarse? ¿Qué significa vivir? ¿Cómo conseguir la felicidad con el mínimo esfuerzo? ¿Qué hay detrás de la vida y más allá del dolor y del placer? etc.— nada tienen que ver con los diseños experimentales verificados y comprobados por los psicólogos en sus laboratorios. Se da así una perfecta incomunicación entre el científico y el hombre de la calle, por cuyo defecto lo que uno hace en modo alguno parece interesar al otro.

Y es que el psicólogo, según los humanistas, “se ha convertido en el instrumento de sus propios instrumentos” (Thoreau, 1961), mientras se olvidaba por completo del hombre y de sí mismo, en tanto que hombres.

El cientificismo acaba por asfixiar al mismo investigador anegando los brillantes o modestos resultados de las ciencias humanas todas. El psicólogo cientificista, según esto, podría concluir gritando lo que el capitán Ahab exclamaba desesperado en la novela de Melville (1952): “Todos mis instrumentos están cuerdos; mis motivos y objetivos están locos”.

En realidad, la polémica entre ciencia (en este caso, el conductismo) y humanismo (en este caso, la literatura), no es de hoy, ni caracteriza tan sólo a una paradoja biográfica en Skinner, sino que es de siempre. A este respecto bastará con mencionar las obras de Russell (1951), Hill (1960), Trilling (1962), Huxley (1963), Leavis (1963), Snouw (1969), etc.

En realidad, es absurdo concebir una total separación entre las ciencias y las humanidades. Ni los científicos son despreciables por dedicarse únicamente “a saberes instrumentales” que dejan insatisfechos los impulsos más profundos del hombre hacia el saber, ni los científicos son los nuevos “apóstoles” que se alzan sobre el horizonte de los conocimientos actuales como el único saber que puede solucionar los numerosos y complejos problemas humanos, como un saber de salvación.

Por contra, tampoco la literatura y las humanidades pueden situarse por encima o por debajo de la ciencia. No pueden instalarse por encima de la ciencia porque tampoco cumplen una función social que marque con facilidad la dirección que el hombre debe seguir hacia la felicidad. No todo en la literatura es luminaria esclarecedora que esté al servicio de una filosofía social que sea digna del hombre. Sirva, como ejemplo, las siguientes palabras de Fromm (1963) a la reunión de la *American Orthopsychiatric Association*: “los filósofos llevan un siglo diciendo que Dios ha muerto, pero con lo que nos enfrentamos ahora es con la posibilidad de que sea el hombre el que haya muerto, que se haya transformado en un objeto, en un productor, en un consumidor, en un idólatra de cosas”.

Y sin embargo, tampoco la literatura y las humanidades pueden ser despreciadas por los científicos, ya que muchos de éstos últimos militan en la fe del cientificismo —la creencia de que la ciencia librará al hombre y a la sociedad de todos sus problemas— de la que muy difícilmente podrán escapar, a no ser a través de la ayuda de las humanidades. También en muchas ocasiones a lo largo de la historia, el científico ha jugado a representar un cierto papel profético y liberador a través de su ciencia, de los problemas que el hombre tenía planteados, papel que en absoluto puede justificarse desde su perfil de investigador y hombre de ciencia.

La ciencia —también en el conductismo— es una parte fundamental de la humanidad del hombre. Sería estúpido reducir el concepto de humanismo hasta hacerlo sinónimo con sólo el estudio de la literatura. La investigación científica —cualquiera que ella sea— compromete igualmente al hombre que el cultivo de las letras, la composición musical o la acción política. De otro lado, ni las humanidades —con el significado restrictivo que éste concepto hoy tiene—, ni las ciencias básicas más “duras” —con la restricción de significados que ésta expresión alberga—, ni el despliegue innovador de ciertas estrategias en la tecnología “punta”, satisfacen por sí solas el insaciable deseo humano de saber.

En realidad, no hay hombres de ciencias y hombres de letras. No hay tal dicotomía, a pesar de que el avance en unos y otros ámbitos hagan naturalmente muy limitados los conocimientos que cada hombre puede tener de todos esos ámbitos disciplinares. Pero que un hombre no conozca todas esas disciplinas, en modo alguno significa que en su conducta profesional, familiar y social no se conciten simultáneamente estrategias, hábitos de comportamiento y estilos cognitivos, tradicionalmente etiquetados como humanísticos o científicos. Por otra parte, el reconocimiento de que el hombre necesita ser las dos cosas, simultáneamente, es precisamente lo que da unidad al saber humano, a la vez que posibilita una más amplia y óptima integración en su medio cultural.

No, ciertamente la biografía de Skinner presenta esa paradoja de ser mitad científico mitad escritor (al menos vocacionalmente en la significación literaria de este término), mientras que desde la perspectiva operante su biografía puede resultar como exclusivamente la de un científico.

Ahora bien, tal aparente antinomia puede resolverse. ¿Habría escrito tantos libros científicos Skinner, si no llevara en sí el germen de una vocación de escritor? ¿Habría revolucionado la metodología de la psicología científica, si no hubiera tratado cada uno de sus diseños experimentales con la misma habilidad, exigencia y cuidado que un buen novelista estudia al detalle la biografía de sus personajes?

Si apelamos a los datos disponibles, hay dos obras skinnerianas que se contradistinguen de sus otras numerosas publicaciones científicas. Me refiero, claro está, a "Walden Dos" y a "Más allá de la libertad y de la dignidad". La primera de ellas apareció en 1948, justamente cuando su autor regresaba a la Universidad de Harvard como profesor de psicología, donde antes había cursado sus estudios universitarios. La segunda, en cambio, constituye un ensayo difícil de tipificar pero al que, sin duda alguna, la mayoría de sus lectores le aproximarían al género de los ensayos filosóficos.

En una y otra se adentran, invasiva y hasta intrusivamente, los hábitos adquiridos por Skinner en el ámbito de la ciencia. Acaso por eso mismo desde lo más noble y propio del hombre (la dignidad y la libertad) hasta las manifestaciones comportamentales más ordinarias (el aprendizaje, la vida de familia, las actividades políticas, etc.), quedan interpretadas e instrumentalizadas por la ciencia del comportamiento que es así sobreestimada como lo mejor y más necesario en cualquiera de las facetas y/o dimensiones que consideremos de la vida humana.

Las dos anteriores producciones literarias skinnerianas se reúnen en un cierto denominador común: en la defensa apasionada e irónica del cientificismo y del positivismo comtiano que, como un eje principal, a ambas atraviesa.

"Walden Dos" constituye un hito más —acaso también más radicalizado y moderno— de una larga tradición literaria: la representada por las novelas de Wells ("The time machine", 1895; "Mankind in the making", 1930 y "A modern utopia", 1905).

Desde entonces a 1948, en que se publica la novela skinneriana, la idea de la ingeniería social había penetrado ya, con más profundidad que si se tratara de una simple ficción literaria, en la sociedad de los albores del siglo XX. El behaviorismo skinneriano literario sólo hizo llevar al extremo, radicalizar todavía más aquel antiguo diseño de ingeniería social, acrecido y robustecido como ahora estaba tras su "crianza" en los modernos laboratorios de psicología experimental. Nada de particular tiene que ese género literario imaginativo y fantástico que es esta novela, se transformara en apenas 13 años —el tiempo que transcurre entre una y otra de las publicaciones literarias comentadas— en un estricto, preciso y grave ensayo filosófico.

En "Mas allá de la libertad y la dignidad", Skinner tratará de propugnar la conveniencia de "remodelar" la vida humana según presupuestos científicos cuidadosamente planeados. Ciertamente que en este ensayo se trata

de erradicar la libertad humana, una libertad que tal vez jamás se hizo evidente para su propio autor. Aunque de ser así, habría que preguntarle, ¿por qué hizo lo que hizo y no otra cosa? ¿Por qué gastó su vida en un laboratorio, en lugar de sobre su escritorio? ¿Por qué considera que la libertad humana está ausente y no más bien presente?

Sea como fuere, el hecho es que la antropología defendida por Skinner en este ensayo es una antropología utópica que contrasta radicalmente con lo que culturalmente se conoce —¿o se presupone?— acerca del hombre. El hombre real, el de la calle, el que acaso está ahora leyendo su libro, el que tal vez nos está aquí escuchando, contrasta e incluso contradice la nueva imagen "científica" del hombre, que campea por entre las páginas del ensayo skinneriano. En el modelo skinneriano el hombre se nos aparece como carente de libertad, pero también como liberado de tantos impulsos a menudo trágicos; ausente de fantasía e imaginación a la vez que carente también de tantas y vulnerables peculiaridades emocionales; libre de impulsos creativos difíciles de predecir en sus resultados pero con el imperio de una aplastante y fría máquina lógica. El hombre skinneriano acaso ni ama ni odia —por lo menos, al modo del hombre de la calle— pero sí que es capaz de aceptar, y al parecer con un absoluto conformismo (?), el condicionamiento de que está hecho su propio ser.

### MAS ALLA DE LAS UTOPIAS LITERARIAS

Cualquier lector de las obras literarias de Skinner que conozca en profundidad su obra científica, no tendrá inconveniente de calificar a aquellas de utópicas.

El pensamiento utópico (si entendemos por él las ideas que subyacen en las concepciones de los diversos pensadores utópicos) constituye un conjunto de presupuestos que sirven de base tanto para criticar la sociedad que se pretende reformar (o eliminar), como para fundamentar los principios que van a constituir la columna vertebral de un mundo nuevo. Algunas de estas ideas ejercen un lento pero seguro y continuado influjo en la sociedad actual, manifestándose en forma de actitudes que comportan un importante cambio de valores en la sociedad. Los modelos utópicos gustan de presentarse como si hubieran encontrado las claves de la felicidad y, por tanto, como si hubieran identificado de una vez por todas los problemas del mundo contemporáneo. Se nos asegura que la mala organización social es causa de múltiples obstáculos para la felicidad; la principal, si no la única pregunta que parecen plantearse, es la siguiente: ¿Cómo ha de organizarse una sociedad para que los hombres sean felices?

Se parte del demostrado principio de que toda la responsabilidad de la infelicidad del hombre recae en los diseñadores de las estructuras sociales, las cuales "vienen dadas" o impuestas a las personas, que quedan desprovistas tanto de la propia responsabilidad como de la de sus semejantes.

Este complejo abandono de la responsabilidad, automáticamente, niega la necesidad de que cada sujeto se sienta impelido a modificar cualquier elemento de su entorno, y mucho menos a sí mismo. El permisivismo queda asegurado y, con él, la indefensión personal y el vacío moral: ¿Qué sentido tiene entonces plantearse cualquier cambio propio, por fácil o difícil que éste sea?

Estas opiniones han hundido sus raíces en el modo de pensar de algunos. No es hoy infrecuente oír: "qué le voy a hacer, si soy así y no puedo cambiar". El contrasentido es claro: a la vez que se defiende el permisivismo en determinados aspectos, se reclama la total irresponsabilidad frente a lo que se hace, por cuanto que es consecuencia de las circunstancias —de las estructuras sociales— y no de la libertad personal.

La inseguridad y el bienestar —fundamentalmente a través del consumismo— se consideran factores imprescindibles para que el sujeto pueda dedicarse a lo que le hace feliz. El trabajo se considera como un mal, aunque necesario para la subsistencia, por lo que se reclama que éste sea "dulcificado". En este contexto, el esfuerzo y la fatiga dejan de tener sentido y se convierten en algo absurdo y ridículo. En su lugar, la blanda laxitud se constituye en el motor, en la condición ineludible de cualquier progreso, sea éste grande o pequeño. Una vez que se ha descalificado el esfuerzo personal no es extraño que no se esté dispuesto a renunciar a nada (como decía años atrás un slogan), y mucho menos a lo que produce satisfacciones a cortísimo plazo. Lo lejano, lo que requiere tantos pequeños esfuerzos, más o menos costosos, y, desde luego, siempre lentos para conseguir al fin el gran valor de lo bien hecho, pierde su sentido. El hombre se sumerge, entonces, en el vértigo de lo inmediato (donde el pasado y el futuro dejan de tener sentido) y de lo circunstancial (donde tampoco tiene sentido todo lo que no sea ese flujo estimular que arranca en las meras circunstancias).

En las utopías domina lo fáctico, lo inmediato, la autosuficiencia del hombre unidimensional encapsulado en sí mismo, que hace gala de un curioso y desmedido optimismo al pensar que lo externo es determinante de lo interno, de lo íntimo, y que tener las necesidades cubiertas y satisfechos los deseos de placer es sinónimo de felicidad; se sobrestima el hedonismo y sólo importa el aquí y el ahora de la puntual satisfacción.

Algunos autores (Cruz, 1982; Spaemann, 1980) han señalado, tras un minucioso análisis, el reflejo que esto tiene en la sociedad actual. No parece sino que todos los derechos que el hombre tiene se subsumieran en uno solo: el derecho a consumir. Muchos padres sintiéndose inseguros por el futuro de sus hijos, se ven obligados a hacerles "felices" de la única forma posible: evitándoles el esfuerzo, los problemas y las situaciones conflictivas, y animándoles a consumir los productos que ofrece la más moderna tecnología.

El modelo defendido en la utopía de Skinner se vislumbra por algunos como una especie de sociedad que casi coexiste con la actual. Su forma de expandirse no reside ni en la propaganda ni en la imposición violenta, sino que supone que las demás comunidades "espontáneamente" imitarán su modelo, dado que es el mejor, por estar basado en el refuerzo positivo y en la experimentación.

Ahora bien, los fundamentos de la "bondad" de este modo parecen poco convincentes; más aún, aterrorizan a los ciudadanos por la rigidez de los programas a que son sometidos, pues ellos están acostumbrados a hacer lo que espontáneamente les sugieren su voluntad o sus deseos. De otra parte, una sociedad así, fundamentada científicamente en el análisis experimental de la conducta humana, no puede aspirar a ser estable. Si es científica debe ser revisable; y si es experimental, siempre tendrá necesidad de cambiar algunas condiciones para optimizar el modelo y hacer progresar a la ciencia. Pero estas condiciones la hacen muy versátil, y por ello muy difícil de imitar por otros grupos sociales.

Por otra parte, la psicología deviene aquí en psicocracia, por cuanto que ella asume —y solamente ella!— todo el caudal de imprescindibles conocimientos para el tratamiento y dirección del comportamiento social del hombre.

El planteamiento utópico de Skinner es distinto. No vende la libertad para comprar la estabilidad, no opta por nada porque no hay nada que valga la pena elegir. No obstante, según su óptica, el desarrollo de la ciencia de la conducta es necesario, ya que "no podemos abandonar a la humanidad a un control accidental y tendencioso" (ob. cit., pág. 180). "Walden dos" es la única salida sensata de la humanidad. Skinner pretende demostrarnos que algo falla en la sociedad actual. Los avances científicos y el nivel de tecnificación alcanzado no son suficientes para aliviar los problemas de la humanidad, la gente no es feliz, hay guerras, dolor...

Skinner cree haber encontrado la causa de todo esto: la ignorancia del hombre. Por eso, sugiere que la forma de empezar un análisis y estudio

científico de lo que únicamente puede ser observado en el hombre: su conducta. Desde su conductismo radical, Skinner (1977) considera "que el ambiente cumple las funciones que antes se asignaban a los sentimientos y a los estados internos" (p. 222), que "el sentimiento de libertad no debería engañar a nadie" ("Walden Dos", p. 186). Su reduccionismo es tal que considera todo lo restante como formas míticas de interpretar lo que hoy explica la ciencia de la conducta. Coherentemente con estas afirmaciones, algunos sectores de nuestra actual sociedad tienden a pensar que el hombre encontrará la solución de sus problemas únicamente en la ciencia, que será la que al final desvelará los interrogantes humanos. Se trata de demostrar lo que dice sólo con hecho; por eso, todo razonamiento y toda especulación son descalificados con el apelativo de "demagogia".

Pero sucede que el hombre hace cuestión de sí y continúa planteándose, en la atalaya de sus dudas y temores, de sus angustias y deseos de felicidad, precisamente lo que Skinner rechaza. Es cierto que muchos de nuestros males actuales residen en la ignorancia y en el desconocimiento que tenemos del hombre. En esto Skinner está atinado. Pero se equivoca al aconsejar dogmáticamente que ese conocimiento de nuestra naturaleza puede venir únicamente de las ciencias experimentales y no de la especulación filosófica o de otras ciencias.

La negación de la libertad hace que Skinner se replantee el concepto de culpa. Paradójicamente, aquí coinciden el psicoanálisis y el conductismo: toda culpa, todo sentimiento de responsabilidad y de arrepentimiento, son muestras de anormalidad, de patología, "pues trabajar mal supone, en un hombre capaz, una especie de enfermedad... ¿por qué condenarlo o censurarlo?" (ob. cit., p. 190). Al no existir la libertad, el comportarse de una manera irresponsable depende tan poco del hombre como ser alto o bajo, ciego o manco.

En un modelo así no se dudará al acomodar la naturaleza humana —forzosa y subrepticamente— a las necesidades del sistema inventado. Skinner pone en boca de Frazier un grito que de ser verdad sería aterrador: "Niego rotundamente que exista la libertad. Debo negarla..., pues de lo contrario mi programa resultaría totalmente absurdo" (ob. cit., p. 230). Se ha dado origen con esta utopía a una nueva "liberación ontológica", tan utópica como antinatural, a pesar de que guste presentarse como una fuerte conciencia de poder y autosuficiencia. Todo se instrumentaliza para conseguir el placer, todo excepto el placer mismo que sólo tiene un valor relativo. Pretendiendo liberar al hombre de las estructuras que le hacen desgraciado, paradójicamente, no se le libera de nada, sino que se le encapsula en sí mismo.

Así las cosas, en el mundo utópico se confunde lo primario con lo primero, lo incluíble con lo fundamental, la felicidad con el placer, la voluntad con el deseo; y no sólo se prescinde de los valores, sino que se invierte su jerarquía.

Por eso no se dudará en cosificar al hombre, con tal de subordinar las causas a las consecuencias de su conducta. Pero entonces, ¿cómo explicar nuestro comportamiento? La utopía acaso no consiga sugestionar al hombre a fuerza de no ser realista. La realidad queda aquí forzada, no importa lo que haya que sacrificar y renunciar en el hombre con tal de que la pretensión del sistema se logre.

Pero pensar que la ciencia puede dirigir la vida humana, establecer los valores por los que una persona opta y responder a las preguntas acerca del sentido de la vida resulta inadmisibles desde una concepción realista. La incertidumbre conduce siempre al escepticismo, como éste es una etapa cerca al nihilismo.

De aquí que sea necesario evitar el "servilismo tecnológico", a que se refiere Pinillos (1987). La única forma de conseguirlo consiste en que las ciencias y la tecnología encuentren un soporte sólo en algo más real que sus propios y contingentes principios. Es necesario encontrar una verdadera filosofía de la vida que garantice la libertad, dando una respuesta ética a los problemas que el hombre se plantea. Y es que, como señala Pinillos, el hecho de "que la emancipación del ser humano se vaya a derivar sin más del progresar de la ciencia, resulta, a estas alturas, un poco difícil de creer".

Hay que saber identificar cuándo el hombre deja de serlo y qué es lo que sí puede ser manipulado sin poner en peligro su dignidad. Es lo que sucede cuando se concentra todo el poder tecnológico y científico, sin ninguna sabiduría. "El poder de la sabiduría —escribe Pinillos— es un arma de doble filo, cuando ya se ve que la racionalidad exclusivamente científica puede conducirnos a situaciones absolutamente irracionales e irreparables, a situaciones fatales para el hombre mismo".

La utopía, paradójicamente, ofrece una solución donde y cuando todo está ya resuelto. El hombre utópico, al encerrarse en sí mismo, se pierde también en sí mismo. El hombre es un ser abierto al infinito, con capacidad para quererlo todo y no determinado a nada. De ahí su necesidad de elegir. Pero no todo lo que es posible elegir es igualmente bueno. El hombre, al equivocarse y elegir el mal, puede destruirse a sí mismo. Para encontrar el camino más adecuado que por naturaleza le pertenece, debe fundamentar sus elecciones en las exigencias que le corresponden por el

hecho de ser el hombre que es: la dignidad humana. El hombre, no obstante, es libre incluso para ir en contra de su propia dignidad. Este es el riesgo que se deriva de nuestra libertad, que también puede escoger el no respetarse a sí, y tampoco a los demás. Y eso a pesar de tener conciencia de que tiene conciencia, a pesar de que la autoconciencia en que habita le abra las puertas a la trascendencia

Las utopías, qué duda cabe, pueden suscitar en algunas personas cierta fascinación, pero conducen siempre a la perplejidad. Bajo el señuelo del ofrecimiento al vértigo hedonista, las utopías nos escamotean la felicidad del éxtasis. Las utopías analizadas pueden presentárnos por algunos como las únicas detentadoras de la verdad, pero a costa de exigir el holocausto de nuestra personal libertad, que según ellos, por no existir, su sacrificio no constituye holocausto alguno (Polaino-Lorente, y col., 1988).

#### DEL RIGORISMO METODOLOGICO A LA ECLOSION IMAGINATIVA

Nadie dudará a estas alturas del rigor metodológico —tanto que por su vigor y robustez podría ser justamente calificado de rigorismo—, que anima y vitaliza la entera obra científica de Skinner. Bastaría con releer su “Registro Acumulativo” (1975), por ejemplo, para percatarse de la minuciosa escurpulosidad con que toda observación fue allí previamente diseñada. Pero también como formando parte de este rigor hay que considerar la tenacidad y la constancia de su autor. En la publicación antes aludida, se nos informa de las setenta mil horas de conducta registrada. Un hecho éste tozudo, allí donde los hechos lo sean. Y, sin embargo, por encima de ese rigor y de esa tenacidad del autor, no obstante, se contempla en su obra científica un sorprendente pluralismo en temas, diseños y propuestas.

Quiere esto decir que el rigor científico no necesariamente ha de coincidir con la rigidez estereotipada. Bastaría con ojear un libro clásico como “Ciencia y conducta humana” (1970), para advertir el elocuente abanico temático cultivado por Skinner: de la discriminación operante a la ansiedad y el castigo, de la emoción al pensamiento, de la autoimagen a la personalidad, de la psicoterapia a la planificación de la cultura.

Hay un hilo invisible que cruza la diversidad de los temas aquí planteados: el control. Acaso esta preocupación skinneriana por el control —por el control a todos sus niveles: ambiental, personal, grupal, social, religioso, jurídico, cultural, etc.—, pueda calificarse de relativamente obsesiva; pero, sin duda alguna, sin ella ni la obra skinneriana tendría la

amplitud que hoy conocemos ni gozaría del rigor vigoroso que por todos le ha sido reconocido.

Pero, más allá del rigor metodológico presente en su obra científica, advertimos la fantasía centelleante, reverberante y explosiva de una imaginación escasamente autocontrolada, tal y como se pone de manifiesto en sus obras literarias. No parece sino que se haya volatilizado el rigor metodológico ante la eclosión emergente y volcánica de la imaginación literaria.

Acaso al lector pueda parecerle que se ha producido una censura o hiato entre ambos mundo de un único y mismo autor. Por lo que es inevitable que ante estas dificultades se susciten muy diversas cuestiones, muy difíciles de responder. Veamos a continuación alguna de las preguntas que cualquier lector fascinado por los anteriores mundos —¡tan distintos!—, pudiera formularse:

¿Reprimió Skinner el uso de su imaginación en el diseño de sus trabajos científicos, mientras se atenía escrupulosa y únicamente a los hechos? ¿Constituye su obra literaria una consecuencia, una especie de rebrote imaginario, como efecto de su anterior y prolongado racionalismo científico? ¿Puede interpretarse su obra literaria como un modo de “compensación” del positivismo científico que le caracterizó? ¿Es por el contrario su obra literaria un modo fecundo para introducir en la sociedad los resultados científicos hallados? ¿Es su obra literaria una consecuencia imaginaria del conductismo utópico por él introducido? ¿Puede atribuirse su obra literaria al aprendizaje por moldeamiento de lo imaginario, como consecuencia del condicionamiento operante?

Es difícil, por no decir que imposible, responder a cualquiera de las anteriores preguntas formuladas. En cualquier caso, quien se pronunció tan en contra de las teorías —a las que calificaba como algo divertido: “theories are fun”—, le sería imposible demostrar que tanto el “corpus” de sus investigaciones como el hilo argumental de su novela y ensayo no abrazan un numeroso conjunto de teorías y microteorías. Podría afirmarse que incluso en el estricto ateniimiento a los hechos, es decir, en la observación de la mera conducta y sólo de ella, no subyace ya toda una teoría implícita, aunque acaso nunca formulada del todo. Si la obra skinneriana literaria fuese estudiada desde la psicología skinneriana —si la entendiéramos como un operante—, probablemente nada podríamos inferir ni entender del autor a través de su obra.

Y hasta sería posible, precisamente por lo que hasta aquí hemos dicho, que los avezados estudiosos de la obra skinneriana científica tal vez

fuesen los que peor comprenden a Skinner. Y es que el skinnerianismo — como teoría científica— acaso no resulte ser la mejor vía para comprender la obra literaria y la vida toda de este gran pionero de la Psicología que fue Burrhus Frederick Skinner.

### Referencias

- CRUZ CRUZ, J. (1982) *Intelecto y razón*, pág. 137. Ed. Eunsa.
- FROMM, E. (1963) Alocución a la Reunión de la "American Orthopsychiatric Association" referido en el *New York Times* del 17 de abril de 1966, p. E2, col. 3.
- HILL, A. V. (1960) *The Ethical Dilemma of Science and Others Writings*. The Rockefeller Institute Press.
- HUXLEY, A. (1963) *Literature and Science*. Harper & Row.
- LEAVIS, F. R. (1963) *Two Cultures? The Significance of C. P. Snow*. Pantheon Books.
- MELVILLE, H. (1952) *Moby Dick, or the Whale*. Luther S. Mansfield y Howard P. Vincent (Eds.) Hendricks Hoyse, New York.
- PINILLOS, J. L. (1987) *La crisis de la Psicología*. Texto mimeado.
- POLAINO-LORENTE, A., CANO LINÁRES, P. y RODRÍGUEZ ZAFRA, M., (1988) "Skinner y Huxley: Dos utopías incumplidas", en Ibáñez Martín, J. A. (Dir.) *Civilización mundial y cultura del hombre*. Ed. Publicaciones Educativas, pp. 188-199.
- RUSSELL, B. (1951) *The Impact os Science on Society*. Columbia University Press.
- SKINNER, B. F. (1968) *Walden Dos*. Ed Fontanella.
- (1970) *Ciencia y conducta humana*. Ed. Fontanella.
- (1972) *Más allá de la libertad y la dignidad*. Ed. Fontanella, 1972.
- (1975) *Registro acumulativo*, Ed. Fontanella, 1975.
- SKINNER, B. F.; B. F. SKINNER. (1967) En E. Boring y G. Linzdey (Eds.). *A history of psychology in autobiography*. Appleton-Century-Crofts.
- SNOW, C. P. (1969) *The Two Cultures and a Second Look*. University Press Cambridge.
- SPAEMANN, R. (1980) *Las utopías políticas*. Ed. Eunsa.
- THOREAU, H. D. (1961) *Walden*. Thomas Y. Crowell Company, New York.
- TRILLING, L. (1962) "Science, Literature and Culturess: A Commentary on the Snow-Leavis Controversy". *Commentary*, 33, pp. 461-77.